

JEREMY RIFKIN

¿La era del hidrógeno?

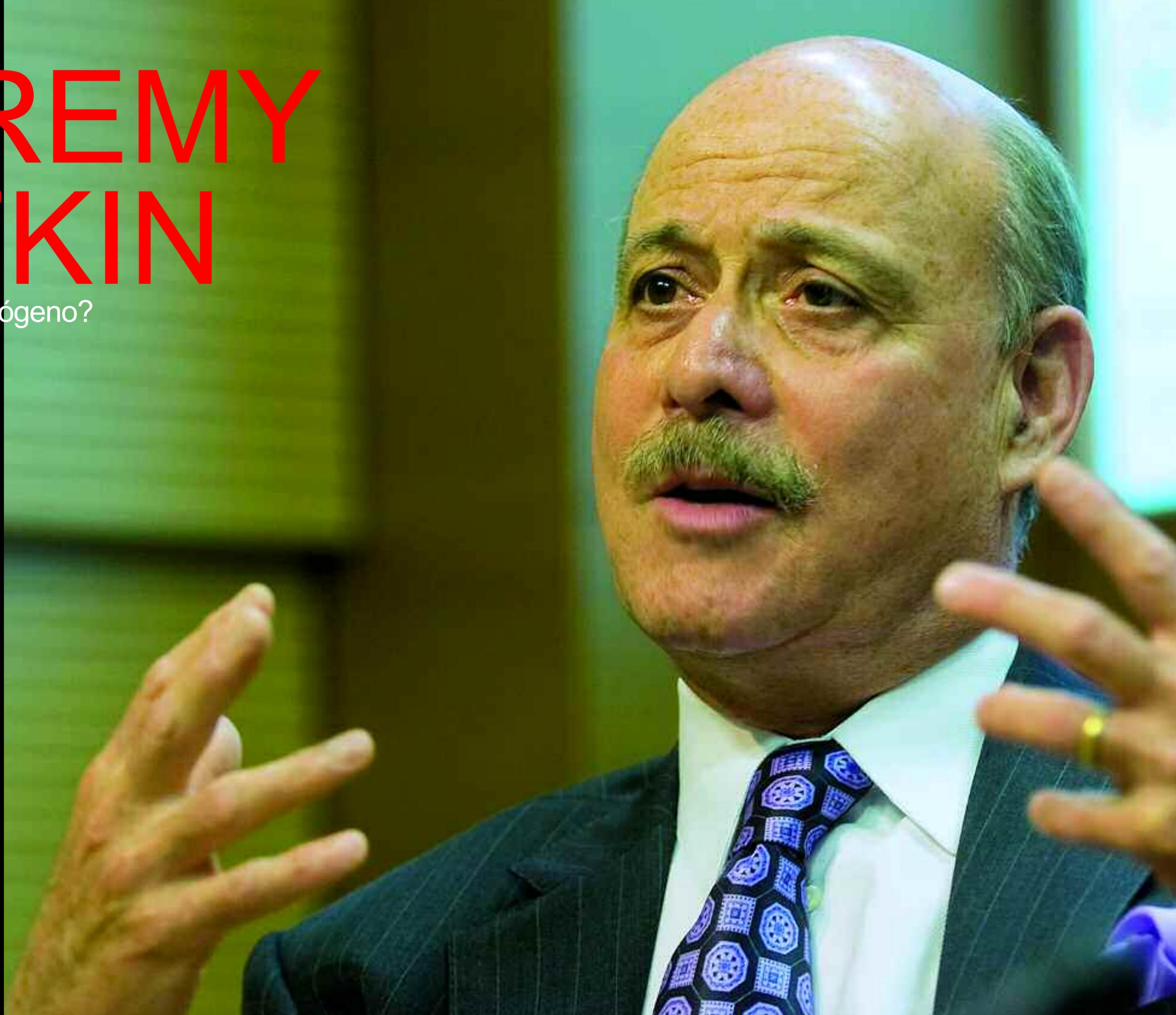
¿Visionario o vendedor de humo? Siempre tendemos a los extremos. Quizás la respuesta a las teorías de Jeremy Rifkin se encuentren en un territorio intermedio. Convertido en gurú de las nuevas tecnologías y del hidrógeno, este prestigioso economista norteamericano aporta su polémica perspectiva ante una realidad evidente: el nuevo cambio económico y social que se instaló con el siglo XXI.

Texto:

KOLDO LANDALUZE

Fotografías:

JON URBE/ARGAZKI PRESS





El economista norteamericano Jeremy Rifkin es presidente de la Foundation on Economic Trends (Fundación para el estudio de Tendencias económicas) y autor de diecisiete *best sellers* basados en el impacto de los cambios científicos y tecnológicos de la economía, la mano de obra, la

sociedad y el medio ambiente. Libros como "La economía del Hidrógeno", "El sueño europeo" o "El fin del trabajo" han sido traducidos a más de treinta idiomas y son utilizados en algunas de las más prestigiosas universidades del mundo. Actualmente trabaja como asesor de la Unión Europea sobre cuestiones relacionadas con la economía, el cambio cli-

mático, la seguridad energética y el desarrollo sostenible. Criticado y alabado a partes iguales, sus teorías focalizan la atención de todo tipo de foros gubernamentales, empresariales, laborales y cívicos. De él ha dicho el Premio Nobel de Economía Wassily Leontief: «Rifkin nos enfrenta de forma hábil y astuta al mayor problema de la sociedad contempo-

ránea, a lo que la mayoría de los economistas ni siquiera se atreven a analizar».

Invitado por Gestonatura de Tolosa y como cierre a las Jornadas de Naturaleza (Naturaldia) que este colectivo ha celebrado durante el mes de mayo, Jeremy Rifkin se acercó hasta Donostia para impartir una conferencia en Chillida-Leku bajo el título "Abriendo el

«Una economía basada en el hidrógeno simboliza esperanza para miles de millones de seres humanos»

camino hacia la Tercera Revolución Industrial».

Su aspecto pausado y sereno cambia de inmediato en cuanto se enciende la luz del micrófono. Es entonces cuando Rifkin se transforma y da comienzo una coreografía de gestos y palabras cuyas intenciones están calculadas hasta el más mínimo detalle. Es un brillante orador, un excelente "vendedor" de ideas y teorías.

En su lista de asesorados figuran Janez Jansa (Primer Ministro de Eslovenia), la canciller alemana Angela Merkel, Jose Sócrates (Primer Ministro del Portugal), Romano Prodi y Rodríguez Zapatero.

¿Es verdad que en este listado se incluye también el exmandatario norteamericano Bill Clinton?

No es del todo correcto. En muchos medios se ha difundido la idea errónea de que trabajé directamente para el presidente Clinton. Mi labor durante su administración se centró, sobre todo, en colaborar con el vicepresidente Al Gore en aspectos relacionados con la economía, la ciencia y la tecnología. Tuve mayor trato con la por entonces primera dama, Hillary Clinton, quien mostró un gran interés hacia mis libros e ideas, en concreto, con aquellas propuestas destinadas a promover el tercer sector como elemento protector contra el desempleo. Pero todo ello pertenece a mi etapa en Washington, ciudad en la que viví durante más de 28 años. Ahora, como usted sabe, mi labor de asesoramiento se ha centrado en Europa.

¿Por qué Europa?

Porque está llamada a liderar la tercera e inevitable revolución industrial. A lo largo de estos años, he descubierto una mayor comprensión entre los mandatarios europeos para aclimatarse al nuevo modelo social y económico que se avecina. La tercera revolución industrial está basada en las energías renovables y en la explotación del hidrógeno. Europa no puede desaprovechar esta oportunidad que la colocaría a la cabeza económica mundial. En este sentido, sé que el presidente Zapatero ha colocado la tercera revolución industrial en un nivel de alta importancia estratégica en el

desarrollo del Estado español. Si se cumplen estos planes, el Estado español puede convertirse en guía de todas las naciones latinoamericanas y éstas, a su vez, comenzarán a colaborar con los Estados Unidos en un nuevo panorama económico. Será tiempo de alianzas; desde la frontera de México con Texas hasta Chile.

¿Pero en qué consistiría esta Tercera Revolución Industrial?

Es una realidad incontestable que nos acercamos al ocaso de la era gobernada por el petróleo. Hasta no hace mucho tiempo, los expertos han señalado que podíamos disponer de reservas de petróleo barato para unos cuarenta años aproximadamente. Pero algunos de los geólogos más importantes del mundo se han encargado de echar por tierra estas afirmaciones tan optimistas y han vaticinado que la producción mundial del petróleo podría alcanzar su techo y comenzar un drástico descenso mucho antes de lo esperado, lo que provocará que los precios del crudo se disparen. ¡Esto no es ciencia ficción; ya está ocurriendo!

Si bien el petróleo, el carbón y el gas natural seguirán abasteciendo nuestras necesidades hasta bien entrado el siglo XXI, nuestra adicción a los combustibles fósiles está acelerando este periodo crepuscular. Por ese motivo, los 27 estados que integran la UE están volcando todos sus esfuerzos en hacer lo posible para que las existencias de combustibles fósiles se utilicen con mayor coherencia y en la experimentación con tecnologías de energía limpia para evitar, en la medida de lo posible, las emisiones de dióxido de carbono que conlleva la quema de combustibles convencionales.

¿Y es, en este punto, cuando entra en juego el factor hidrógeno?

Sí. Al contrario de los combustibles fósiles, el hidrógeno es un combustible ilimitado y no contaminante. Podemos encontrarlo en cualquier parte, forma parte de la Naturaleza, pero debe ser extraído y, para llevar a cabo ese proceso, se pueden utilizar las energías renovables como la eólica, la hidráulica, la fotovoltaica y la geotérmica. Estas fuentes pueden generar la electricidad que se requiere en el proceso de la elec-



trólisis para descomponer el agua en hidrógeno y oxígeno. Pero el aspecto más destacado del hidrógeno radica en que tendremos una nueva economía mucho más autosuficiente y menos centralizada. Tenemos ante nosotros la oportunidad de democratizar la energía. Los países sacudidos por la pobreza tienen la oportunidad de acceder al bienestar económico. Un mínimo acceso al empleo y a la electricidad significa una calidad de vida básica en la que debe predominar una mayor higiene, la alfabetización y una mayor expectativa de vida. Una economía basada en el hidrógeno simboliza una esperanza para miles de millones de seres humanos en todo el planeta.

«A quienes me llaman “vendedor de humos” únicamente les pediría que examinaran lo que ocurre a su alrededor»

¿Cómo sería posible el nacimiento de este nuevo modelo económico y energético?

A pesar de su aparente simpleza, resulta una tarea ardua no exenta de serios contratiempos. Antes de nada, debemos imaginar que nos hallamos a las puertas de un futuro en el que la energía renovable puede ser recogida y producida por millones de personas en sus hogares, fábricas y vehículos. Esta energía, almacenada en forma de hidrógeno, podrá ser compartida y distribuida a través de una red de redes europea inteligente. Repito, no se trata de ciencia ficción; es posible. Hace quince años, la información era consumida de forma masiva por las grandes cadenas televisivas. Si alguien hubiera vaticinado entonces que, quince años más tarde, cualquier persona podría utilizar un Ipod y enviar vídeos realizados por uno mismo a millones de personas en apenas unos segundos y con una capacidad de distribución superior a la de las cadenas de televisión,

nadie lo hubiera creído. Y, sin embargo, ya está hecho. Por ese motivo, ¿por qué no creer que es posible la creación de un régimen de energías renovables, aportadas por los propios ciudadanos y distribuidas mediante redes inteligentes?

En su libro “Adiós al trabajo” nos acercó a una realidad inmediata muy poco gratificante. Me remito a pasajes en los que afirma: «Se podrán producir los bienes y servicios para la economía global del siglo XXI utilizando apenas una fracción de la fuerza laboral que estamos utilizando ahora».

En los últimos cincuenta años, y paralelamente, se han desarrollado dos revoluciones tecnológicas: las ciencias de la información (informática y telecomunicaciones) y las ciencias de la vida (la biotecnología y la ingeniería genética). En su desarrollo, ambas tecnologías se han enriquecido mutuamente hasta conformar la base fortalecida sobre la que se sustenta la nueva era. La informática simboliza el idioma de esta revolución económica porque su bajo costo y fácil accesibilidad posibilita la difusión y manejo de gran cantidad de información. Si nos remitimos a la historia, por ejemplo, sabemos que la máquina de vapor y el acero barato potenciaron un crecimiento que se prolongó durante varias décadas. Ahora, los tiempos actuales están dictando el adiós de la economía global de los minerales petroquímicos y los combustibles fósiles y la llegada de un nuevo ciclo cuyo motor principal es la biotecnología. La modificación genética se ha convertido en algo fundamental para la producción de los alimentos, la bioquímica y la medicina y para dar cierta coherencia idiomática a este fenómeno se recurre a la informática. Lógicamente, este nuevo modelo traerá grandes ventajas e indudables conflictos éticos y sociales. Las grandes corporaciones científicas serán los arquitectos y promotores de los cambios que vivirá la sociedad. Antes, la era industrial basaba su fuerza y consistencia en el trabajo masivo, pero la era de la biotecnología se caracterizará por masas laborales más pequeñas y respaldadas por los grandes avances de la informática. La cuestión es que este nuevo escenario puede ser tomado como un



gran avance para la humanidad o una fuerza desestabilizadora que puede generar todo tipo de disturbios sociales. En este dilema radica el desafío al que nos enfrentamos.

La crisis actual no invita al optimismo. ¿A qué panorama nos enfrentamos?
El único sector en plena expansión

es el del conocimiento enclaustrado en una serie de industrias de elite cuyos trabajadores del conocimiento crecerán en número pero serán muy pocos si los comparamos con la gran cantidad de trabajadores sustituidos por las "máquinas pensantes".

El mundo acabará por polarizarse en dos tendencias potencialmente irre-

conciliables: una elite bien informada que controlará y gestionará la economía global de alta tecnología; y por otra, un número creciente de trabajadores permanentemente desplazados cuyas perspectivas de futuro son muy pocas en un mundo cada vez más automatizado. No es un panorama fácil. El estrés y la creciente inseguridad laboral

provocan un desgaste que genera depresión psicológica y ésta, a menudo, se traduce en suicidios.

En este punto, y retomando unas afirmaciones tuyas: «La muerte de la masa laboral es interiorizada por millones de trabajadores que experimentan sus propias muertes individuales... Son los que

«El sistema capitalista nunca ha podido funcionar sin una tendencia espontánea al desempleo»

esperan el despido y se ven forzados a aceptar trabajo a tiempo parcial con reducción en los niveles salariales o vivir de la beneficencia. Con cada indignación, su confianza y su autoestima sufren una nueva mella. Se convierten en elementos sustituibles, después en innecesarios y, finalmente, en invisibles en el mundo tecnológico».

Exacto. No tiene más que fijarse en la correlación directa que existe entre el gran auge de la violencia que padece la sociedad norteamericana y el desempleo masivo. Los salarios reducidos, el desempleo, la inseguridad laboral y la gran polarización entre ricos y pobres está convirtiendo algunas zonas determinadas de los Estados Unidos en verdaderos territorios sin ley en los que impera el caos y el desconcierto más absoluto.

¿Este nuevo paisaje nos advierte del final del capitalismo?

Sería una afirmación excesivamente arriesgada, pero lo que sí debe tener claro el sistema capitalista es que nunca ha podido funcionar sin una tendencia espontánea al desempleo. Si recurrimos de nuevo a la historia, observamos que en la Europa de postguerra –asolada por millones de combatientes muertos–, los capitalistas fomentaron el empleo de la mujer y organizaron una masiva inmigración desde la periferia hacia el centro de Europa. Una hipotética eliminación definitiva de la desocupación provocaría el final del capitalismo por una sencilla razón: ya nada podría alterar el crecimiento de los salarios y la reducción de los beneficios. Salvo una opción; que los obreros fueran reconvertidos en esclavos. Y eso sería fascismo. En otro sentido, el marxismo tiene un gran mérito: explicó el desempleo crónico a partir de las propias leyes de la acumulación del capital.

¿Qué opinión le merecen aquellos que le tildan de "vendedor de humo"?

Únicamente les pediría a quienes lo hacen que examinaran lo que está ocurriendo a su alrededor. Incluso puede que yo me equivocara en algunas conclusiones, porque la realidad me indica que fui un poco conservador en mis previsiones.